

MOORE, BARRINGTON, JR., **SOCIAL ORIGINS OF DICTATORSHIP AND DEMOCRACY** (Lord and Peasant in the Making of the Modern World). Beacon Press, Boston, 1966, 1971, 559 p

I- Barrington Moore, Jr., distinguido miembro del grupo de investigadores del Russian Research Center de Harvard University (al cual estuvo una vez adscrito el archi-discutido Marcuse) ha proyectado en este copioso volumen, al nivel metódico, un intento análogo — aun cuando de mucho menor envergadura — al clásico weberiano *General Economic History*: examinar comparativamente algunos procesos y sustratos económicos y culturales, en las estructuras agrarias de países en proceso de cambio revolucionario o de transformación “modernizante”. Este proyecto, desde el punto de vista de Moore, busca establecer correlaciones, similitudes y contrastes de país en país, bajo los entendidos de que dichas correlaciones: 1) permiten esclarecer con mayor precisión el carácter de cada proceso particular, 2) sugieren hipótesis concretas para el análisis de procesos de cambio en otros países no incluidos en el estudio, y 3) ayudan a la construcción teórica de las condiciones “puras”, de una u otra forma de los procesos revolucionarios o de cambio modernizante.

La licitud de este objetivo es cuestionable en algún grado en su concepción misma, ya que los procesos y los países que Moore baraja se encuentran en estadios crucialmente distintos de la sociedad moderna. La búsqueda de correlaciones podría resultar, por tanto, empresa estéril o cuando menos demasiado ambiciosa. Esta es precisamente la crítica a que fue sometido M. Weber en su clásica obra. No obstante, y dejando esta crítica en suspenso, intentaremos transmitir con alguna fidelidad los que consideramos planteamientos básicos de Moore y dejaremos al juicio del lector de este comentario, una vez también sometido a la lectura de la obra, medir la validez o la invalidez de sus resultados.

II- Moore se aproxima analíticamente a lo que denomina “tres variantes” de las revoluciones o de los cambios sociales hacia la modernidad: 1) la revolución burguesa “clásica”, la revolución capitalista impulsada desde “abajo” que culmina en instituciones y formas sociopolíticas de corte “democrático” (en los casos británico, francés y estadounidense); 2) la revolución burguesa “abortada”, la revolución capitalista impulsada desde “arriba” que culmina en formas fascistas (en el caso japonés principalmente y, secundariamente, en el alemán); 3) la revolución campesina modernizante, impulsada desde “abajo” y que culmina en el establecimiento de un régimen “comunista” - socialista (en el caso chino). El autor hace simultáneamente un examen del proceso hacia la modernización en India, seriamente fracasado, proceso que no se compagina en primera instancia con ninguno de los modelos anteriores, y cuyo análisis servirá entonces como elemento de posible corroboración “negativa” de los rasgos característicos de dichos modelos.

El autor enmarca su análisis comparativo en una cierta perspectiva historicista, según la cual cada uno de estos modelos constituye una etapa discreta dentro de un mismo y englobante proceso revolucionario. Digámoslo en sus propias palabras:

"To a very (subrayado nuestro) limited extent these three types. . . may constitute alternative routes and choices. They are much more clearly successive historical stages. As such they display a limited determinate relation to each other. The methods of modernization chosen in one country change the dimensions of the problems for the next countries who take the step, as Veblen recognized when he coined the now fashionable term, 'the advantages of backwardness'. Without the prior democratic modernization of England, the reactionary methods adopted in Germany and Japan would scarcely have been possible. Without both the capitalist and reactionary experiences, the communist method would have been something entirely different, if it had come into existence at all. It is easy enough to perceive, and even with some sympathy, the Indian diffidence is in good measure a negative critical reaction to all three forms of prior historical experience. Although there have been certain common problems in the construction of industrial societies, the task remains a continually changing one. The historical preconditions of each major political species differ sharply from the others". (pags. 413-414).

Con esta visión, el autor quiere sugerir que la posibilidad de repetición de un modelo en un país o momento posterior se reduce seriamente, puesto que las clases y grupos localizados en posición de poder impulsar la modernización en tal instancia, estimarán los desenvolvimientos y las consecuencias de las anteriores e intentarán impedir o corregir sus "excesos", sus "errores" o sus aspectos "indeseables". En tal práctica histórica concreta, y en simultánea conjunción con la coyuntura particular, se tomará una vía distinta, lo cual frecuentemente implica el surgimiento de un modelo diferenciado de desarrollo. Es en este mismo sentido y con más especificidad, que Moore concibe las revoluciones británica, francesa y "norteamericana" también como etapas de la revolución burguesa de corte democrático. Aun cuando Moore no desenvuelve este enfoque hacia planos más complejos, debemos reconocer que es uno de los aspectos de su estudio que impresiona como más interesante y sugestivo, como más apto de ponderación ulterior más minuciosa.

III- El examen de la revolución democrático-burguesa, reconstruida en sus rasgos sobresalientes en uno y otro momento, lleva al autor a acentuar un complejo de cinco condiciones que la impulsan al máximo:

a) Que al nivel de las relaciones económico-políticas entre los sectores de procedencia más directamente feudal (nobles y realeza - sin que se entienda que la realeza es una formación social del feudalismo, sino de la transición hacia la nación capitalista), brote o resulte una cierta situación de grueso equilibrio, de "jaque" mutuo. Este jaque será de tal carácter que ni mantenga la dispersión sociológica característica del feudalismo ni conduzca a una aguda centralización del poderío real: cualquiera de las dos podría sofocar el proceso de cambio.

b) Un vuelco hacia una forma dinámica de agricultura comercial, una transformación agrícola revolucionaria que proceda de algún sector de la *aristocracia de la tierra* o del *campesinado medio*. Esta tesis a primera vista parecería oponerse a la alegación marxista sobre el papel de agente de cambio de aquella pequeña burguesía que, en las postrimerías del feudalismo, emana de las contradicciones internas del artesanado. El autor, sin embargo, admite de entrada el planteamiento marxista:

"We may register strong agreement with the Marxist thesis that a vigorous and independent class of town dwellers has been an indispensable element in the growth of parliamentary democracy. No bourgeois, no democracy. The principal actor would not appear on the stage if we confined our attention strictly to the agrarian sector. Still the actors in the countryside have played a sufficiently important part to deserve care-

ful inquiry. And if one wishes to write history with heroes and villains, a position the present writer repudiates, the totalitarian villain sometimes has lived in the country, and the democratic hero of the towns has had important allies there". (pag. 418).

Lo que nos sugiere Moore es que *ambos* elementos son "requisitos" al máximo desarrollo capitalista democrático puesto que ambos: 1) entran en proceso de desarrollo dinámico estructural (la revolución agrícola fortalece las formaciones urbanas y el avance tecnológico de éstas posibilita la creciente industrialización del campo) y, 2) entran en competencia por el poder y por el prestigio, lo cual acentúa las tendencias "pluralistas" de la sociedad emergente y favorece concomitantemente las nuevas formaciones partidistas y parlamentaristas.

c) Que la formación socio-económica desde la cual brota el cambio se encuentre diferenciada puramente en clases: esto es, que no haya en grado notable categorías sociales adicionales (étnicas, de casta, religiosas, etc.) que intersecten simultáneamente o fraccionen severamente a la población. De otra forma, la filtración paulatina de las nuevas prácticas económicas y los cambiantes estilos de vida será gravemente contenida. Este rasgo recibe para el autor comprobación adicional "por omisión" a través del caso indio, en donde Moore le adjudica gran peso a la estructura tradicional de las castas como dique al impulso modernizante.

d) Una posibilidad de alta movilidad de las poblaciones, la posibilidad de reubicaciones territoriales en gran escala, lo cual también implica la suavización de las fronteras geográficas o provinciales interiores. Este ingrediente el autor lo encuentra en buen grado en las situaciones británica y francesa, pero se le recalca con intensidad en el caso norteamericano: la Conquista del Oeste, el "Western Frontier" opera en la sociedad estadounidense del siglo pasado como una eficazísima válvula de escape que jalona impetuosamente las formas más "liberales" del capitalismo.

"The existence of free land gave a unique twist to the relations between capitalists and workmen in the beginning stages of American capitalism, stages which in Europe were marked by the growth of violent radical movements. Here energies that in Europe would have gone into building trade unions and framing revolutionary programs went into schemes providing a free farm for every workman whether he wanted it or not. Such proposals seemed subversive to some contemporaries. The actual effect of the Westward trek, nevertheless, was to strengthen the forces of early competitive and individualist capitalism by spreading the interest in property". (pags. 130-131).

e) Que la coyuntura cultural previa al cambio sea de estricto corte feudal. Aquí Moore recoge una tesis que le adjudica particularmente a Otto Hintze pero que opinamos se encuentra en varios de los miembros de la escuela idealista de la historiografía alemana, e incluso la sugiere Huizinga, tesis según la cual las nociones de autonomía corporativa y de libre contrato, y otras (procedentes en parte de la comunidad gremial del artesanado y de la relación de vasallaje) envuelven un sustrato que propicia la proliferación de doctrinas más precisamente democráticas.

Por análisis particular y de contraste, finalmente, la revolución burguesa no-democrática, pre-fascista, concebida como etapa posterior, suele gestarse en situaciones donde *no* se encuentran los rasgos anteriores y donde coagula una alianza entre las clases terratenientes tradicionales, renuentes a introducir cambios por sí mismas, y los sectores industriales y comerciales urbanos. Esta "coalición aristocrático-burguesa" está dispuesta a admitir, lo que rechazan sectores análogos en la etapa "clásica", el ascenso y consolidación de un estado autocrático y militarizante (el gobierno de la Dinastía Meiji, el gobierno Bismarck) que asume un rol dictatorial sobre esa misma coalición y empuja un proceso de acumulación por mediación de fuertes imposiciones contributivas sobre dichas clases superiores (y otras medidas militaristas). La validez de los alegatos (c) y (d) anteriores resalta, para el autor, apuntando las serias rupturas de nacionalidad, religiosas, provinciales, etc., que muestran los pro-

cesos japonés y alemán. Concluye este análisis el autor subrayando que las nociones de lealtad militar y de rango prevaletientes en el feudalismo japonés añadirían a las dificultades de una transición hacia la democracia.

IV- La posibilidad de ingreso explosivo, de la movilización beligerante y masiva de las clases campesinas medianas y bajas con demandas propias y con objetivos políticos más o menos precisos, el autor la vincula — siguiendo sus líneas anteriores de análisis — con el fracaso de una incipiente revolución comercial en la agricultura, dirigida por sectores terratenientes. Fracaso en este contexto significa el que dicha transformación no sea lo suficientemente intensa o persistente ni para incitar a prácticas comerciales en el propio seno del campesinado ni, lo cual es más grave, para permear y resquebrajar la estructura de *convivencia* de la ruralía. Esto es, para el autor, el fermento manifiesto de rebelión emana del *desface*, de la disonancia, entre unas prácticas económicas nuevas, unas demandas adicionales y su consiguiente intensificación de la explotación y el que sobrevivan más o menos intactas la cultura campesina y las formas institucionales de su comunidad. Concretamente, el autor alega ver esto en la perdurabilidad de la villa campesina en China y del “myr” ruso, que mantuvieron la solidaridad interior y la cosmovisión de gran parte de las clases campesinas y por ende posibilitaron formas de resistencia colectiva agresiva. De aquí que Moore dé a entender que las revueltas campesinas tienen casi siempre una profunda raíz tradicionalista y “conservadora”, aun cuando la propia dinámica de sus luchas las conduzca frecuentemente a cuestionamientos radicales y a reales cambios renovadores.

Por el contrario, cuando el campesinado es sometido a un total desarraigo de sus comunidades tradicionales, se ve forzado a mudarse y a construir otras nuevas e ingresa en una subsistencia en precario, o cuando la transformación del modo agrícola se da meramente en el plano de la comercialización más amplia del producto exclusivamente de parte del terrateniente, entonces la posibilidad de rebelión es casi nula. En relación a lo primero, Moore hace una volátil e imprecisa referencia al clásico de Marx, *El 18vo. Brumario de Luis Napoleón*, pero a nosotros nos parece pertinente transcribir una cita extensa de este escrito:

“In so far as millions of families live under economic conditions of existence that separate their mode of life, their interests, and their culture from those of the other classes and put them in hostile opposition to the latter, they form a class. In so far as there is merely a local interconnection among these small holding peasants and the identity of their interests begets no community, no national bond, and no political organization among them, they do not form a class. They are consequently incapable of enforcing their class interests in their own name, whether through a parliament or through a convention. They cannot represent themselves, they must be represented. Their representative must at the same time appear as their master, as an authority over them, as an unlimited government power that protects them against the other classes and sends them rain and sunshine from above. The political influence of the small holding peasant, therefore, finds its final expression in the executive power subordinating society to itself.” (*Marx & Engels, Basic Writings on Politics & Philosophy*, Ed. Lewis Feuer, Anchor Books, Doubleday, 1959, pags. 338-339).

Como elemento corroborativo de este modelo, Moore sostiene tras algún análisis que la dirigencia revolucionaria del Partido Comunista Chino tuvo escaso éxito, durante la “Gran Marcha”, en movilizar revolucionariamente el proletariado rural desarraigado que recorría nomádicamente a China en afán de sobrevivencia. Mao tse-tung y sus doctrinas, según Moore, prendieron casi exclusivamente dentro de las clases campesinas pobres y medianas atadas aún a sus comunidades tradicionales pero sometidos brutalmente a la explotación de los sectores latifundistas y los remanentes de la burocracia imperial.

Moore le adjudica también gran relevancia al sistema de prácticas tributarias en las zonas agrarias. Cuando a la explotación económica se le suma una pesada y creciente extracción directa de impuestos a la población campesina por una burocracia centralizante, se profundiza aún más la radicalización del campesinado y permite más rápidamente cuajar como resistencia política, contra el estado. En este complejo de relaciones se subraya además lo que podríamos llamar la proximidad o lejanía del terrateniente del lugar de la producción y el grado de funcionalidad de un sector sacerdotal o su análogo en mantener la cohesión entre las clases. Si la relación entre el gran propietario y la masa de trabajadores es una en la cual el primero muestra una real presencia ante los segundos, esto le permite frecuentemente arroparse bajo un manto protectorio y paternalista, incluso a veces frente a las demandas que hace la burocracia del estado, y le consigue validar suficientemente su alegado rol en la producción.

En nuestra opinión, varios de los planteamientos de Moore parecen coincidir con la generalidad de los estudios sociológicos de la institución latinoamericana de la hacienda; en el último aspecto referido, e.g., con la tradicional imagen del "patrón" de la tierra. Quizás sea crasa exageración, y juzgarlo mejor pueden quienes sean particulares estudiosos de nuestro subcontinente, pero nos preguntamos si acaso algunos señalamientos de Moore no serían de utilidad hipotética para tratar de explicarnos algo el aparente fracaso de los recientes movimientos guerrilleros en el campo latinoamericano (Guatemala, Perú, Bolivia, Venezuela, etc.). Particularmente, cuando sumamos el ingrediente de que estos conatos han sido generados por dirigentes político-militares procedentes de otros estratos y clases de la sociedad. Y a este nivel el autor, a modo conclusivo de su tesis, tiene lo siguiente que afirmar:

"The preceding factors may explain how a revolutionary potential arises among the peasantry. Whether or not this potential becomes politically effective depends on the possibility of a fusion between peasants grievances and those of other strata. By themselves the peasants have never been able to accomplish a revolution. On this point, the Marxists are absolutely correct, wide of the mark though they are on other crucial aspects. The peasant have to have leaders from other classes. . . Naturally, the peasant movement. . . may draw upon a handful of discontented intellectuals in modern times, for its leaders. The intellectuals as such can do little politically unless they attach themselves to a massive form of discontent. The discontented intellectual with his soul searchings has attracted attention wholly out of proportion to his political importance. . . It is a particularly misleading trick to deny that a revolution stems from peasant grievances because its leaders happen to be professional men or intellectuals". (pags. 480-81).

V- Como estudio de sociología histórica comparativa, *Social Origins of Dictatorship & Democracy* adolece indiscutiblemente de varias debilidades y serias lagunas. Algunas el autor las reconoce, pero no por ello deben ser totalmente excusadas (la relativa limitación de la casuística y una historiografía que a veces no recoge importantes fuentes disponibles, e.g., los análisis de los propios dirigentes revolucionarios). Otras, a las que apenas hace referencias — tales como los determinantes sobre las relaciones campesinas modernas de la estructura global de explotación capitalista, la significación sobre cada localidad del surgimiento del mercado mundial capitalista y sus elementos políticos y culturales concomitantes, etc. — y que envuelven investigaciones que en el contexto latinoamericano ya están realizando brillantemente, entre muchos otros, André Gunder Frank en la economía y el argentino Jorge Abelardo Ramos en la historia sociológica.

No obstante, el enfoque de Moore no invalida ni impide, en nuestra opinión, este último nivel de análisis, tan sólo desea aproximarse a otro de más precisa concreción. Y si bien es cierto que la suprema virtud de los clásicos de Carlos Marx, Federico Engels, V. I. Lenin,

Mao tse-tung, etc. sobre esta problemática (*Luchas de Clases de Francia, Las Guerras Campesinas en Alemania, El Desarrollo del Capitalismo en Rusia, Informe de una Investigación sobre el Movimiento Campesino en la Provincia de Hunan*) reside exactamente en la insuperable habilidad de vincular ambos niveles con sabiduría dialéctica, y esto lo consigue Moore muy escasamente, aun así osamos alegar que el *Social Origins*. . . constituye una aportación de alguna relevancia al estudio histórico y también materialista del proceso revolucionario moderno.

Prof. Pedro Juan Rúa